Horacio Quiroga ▶



El hijo

HORACIO QUIROGA

El cuentista uruguayo Horacio Quiroga (1878–1937) es un maestro de la escueta narración lineal. Sus relatos suelen presentar escenas de terror y temas austeros. Quiroga nos pinta inolvidables retratos de la vida primitiva en la selvática provincia de Misiones, en el noreste de la Argentina, donde vivió. Quiroga tuvo una importante influencia sobre los cuentistas hispanoamericanos que le siguieron, no sólo por sus cuentos, sino también por sus artículos sobre el arte de escribir cuentos.

Como se ve aquí en "El hijo" (1928), la obra de Quiroga ofrece, con dramática intensidad, perspicaces estudios sombríos del carácter humano. Sus personajes son atormentados por ansias de una muerte que acecha, escondida muchas veces en un accidente a primera vista insignificante. Cuento fatalista, "El hijo" es típico de Quiroga: se enfoca sobre una tragedia inexorable, y nos recuerda lo vulnerables y lo débiles que somos los seres humanos ante la indiferente naturaleza.

Es un poderoso día de verano en Misiones[1] con todo el sol, el calor y la calma que puede **deparar**[2] la estación. La naturaleza, plenamente abierta, se siente satisfecha de sí.

Como el sol, el calor y la calma ambiente, el padre abre también su corazón a la naturaleza.

—Ten cuidado, chiquito —dice a su hijo abreviando en esa frase todas las observaciones del caso y que su hijo comprende perfectamente.

—Sí, papá —responde la criatura, mientras coge la **escopeta**[3] y carga de **cartuchos**[4] los bolsillos de su camisa, que cierra con cuidado.

—Vuelve a la hora de almorzar —observa aún el padre.

—Sí, papá —repite el chico.

Equilibra la escopeta en la mano, sonríe a su padre, lo besa en la cabeza y parte.

Su padre lo sigue un rato con los ojos y vuelve a su quehacer de ese día, feliz con la alegría de su pequeño.

Sabe que su hijo, educado desde su más tierna infancia en el hábito y la precaución del peligro, puede manejar un **fusil**[5] y cazar no importa qué. Aunque es muy alto para su edad, no tiene sino trece años. Y parecería tener menos, a juzgar por la pureza de sus ojos azules, frescos aún de sorpresa infantil.

No necesita el padre levantar los ojos de su quehacer para seguir con la mente la marcha de su hijo: ha cruzado la picada[6] roja y se encamina rectamente al monte a través del **abra**[7] de espartillo.

---

[1] Misiones—provincia argentina, escasamente poblada, en la frontera con Brasil y Paraguay.

[2] **deparar**—brindar; ofrecer; poner delante de uno.

[3] **escopeta**—arma de fuego, para cazar aves o animales.

[4] **cartuchos**—municiones sueltas.

[5] **fusil** (m.)—arma de fuego de cañón largo.

[6] picada—senda estrecha en el bosque.

[7] **abra** (f.)—sitio despejado de árboles; claro en el bosque.

Para cazar en el monte —caza de pelo— se requiere más paciencia de la que su **cachorro**[8] puede rendir. Después de atravesar esa isla de monte, su hijo costeará la linde de cactus hasta el bañado,[9] en procura de palomas, tucanes o tal cual casal[10] de garzas, como las que su amigo Juan ha descubierto días anteriores.

Solo ahora, el padre **esboza**[11] una sonrisa al recuerdo de la pasión cinegética[12] de las dos criaturas. Cazan sólo a veces un yacútoro,[13] un surucuá[14] —menos aún— y regresan triunfales, Juan a su rancho con el fusil de nueve milímetros que él le ha regalado, y su hijo a la meseta, con la gran escopeta Saint-Etienne calibre 16, cuádruple cierre y pólvora blanca.

Él fue lo mismo. A los trece años hubiera dado la vida por poseer una escopeta. Su hijo, de aquella edad, la posee ahora; —y el padre sonríe.

No es fácil, sin embargo, para un padre viudo, sin otra fe ni esperanza que la vida de su hijo, educarlo como lo ha hecho él, libre en su corto radio de acción, seguro de sus pequeños pies y manos desde que tenía cuatro años, consciente de la inmensidad de ciertos peligros y de la escasez de sus propias fuerzas.

Ese padre ha debido luchar fuertemente contra lo que él considera su egoísmo. ¡Tan fácilmente una criatura calcula mal, sienta un pie en el vacío y se pierde un hijo!

El peligro subsiste siempre para el hombre en cualquier edad; pero su amenaza **amengua**[15] si desde

[8] **cachorro**—hijo, metafóricamente.
[9] bañado—terreno bajo e inundable cuando llueve.
[10] casal (m.)—pareja; macho y hembra.
[11] **esboza**—ensaya; inicia.
[12] cinegética—perteneciente a la caza.
[13] yacútoro—ave grande de color negro.
[14] surucuá (m.)—ave grande, parecida al quetzal.
[15] **amengua**—disminuye.

pequeño se acostumbra a no contar sino con sus propias fuerzas.

De este modo ha educado el padre a su hijo. Y para conseguirlo ha debido resistir no sólo a su corazón, sino a sus tormentos morales; porque ese padre, de estómago y vista débiles, sufre desde hace un tiempo de alucinaciones.

Ha visto, **concretados**[16] en dolorosísima ilusión, recuerdos de una felicidad que no debía surgir más de la nada en que se recluyó.[17] La imagen de su propio hijo no ha escapado a este tormento. Lo ha visto una vez rodar envuelto en sangre cuando el chico **percutía**[18] en la morsa[19] del taller una bala de parabellum,[20] siendo así que lo que hacía era **limar**[21] la hebilla de su cinturón de caza.

Horribles cosas . . . Pero hoy, con el ardiente y vital día de verano, cuyo amor su hijo parece haber heredado, el padre se siente feliz, tranquilo y seguro del porvenir.

En ese instante, no muy lejos, suena un estampido.[22]

—La Saint-Etienne . . . —piensa el padre al reconocer la detonación.— Dos palomas de menos en el monte . . .

Sin prestar más atención al **nimio**[23] acontecimiento, el hombre se abstrae de nuevo en su tarea.

El sol, ya muy alto, continúa ascendiendo. Adonde quiera que se mire —piedras, tierra, árboles,— el aire, enrarecido como en un horno, vibra con el calor. Un profundo zumbido que llena el ser entero e impregna el ámbito hasta donde la vista alcanza, concentra a esa hora toda la vida tropical.

[16] **concretados**—hechos realidad.
[17] se recluyó—se encerró; se aisló.
[18] **percutía**—golpeaba.
[19] morsa—prensa pequeña para sujetar algo.
[20] bala de parabellum—tipo de munición, calibre de 9 milímetros.
[21] **limar**—alisar; poner liso.
[22] estampido—detonación; ruido producido cuando se dispara un arma de fuego.
[23] **nimio**—insignificante.

El padre echa una ojeada a su muñeca: las doce. Y levanta los ojos al monte.

Su hijo debía estar ya de vuelta. En la mutua confianza que depositan el uno en el otro —el padre de sienes plateadas[24] y la criatura de trece años,— no se engañan jamás. Cuando su hijo responde: —Sí, papá—, hará lo que dice. Dijo que volvería antes de las doce, y el padre ha sonreído al verlo partir.

Y no ha vuelto.

El hombre torna a su quehacer, esforzándose en concentrar la atención en su tarea. ¡Es tan fácil, tan fácil perder la noción de la hora dentro del monte, y sentarse un rato en el suelo mientras se descansa inmóvil . . .

Bruscamente, la luz **meridiana**,[25] el zumbido tropical y el corazón del padre se detienen a compás de[26] lo que acaba de pensar: su hijo descansa inmóvil . . .

El tiempo ha pasado; son las doce y media. El padre sale de su taller, y al apoyar la mano en el banco de mecánica sube del fondo de su memoria el estallido de una bala de parabellum, e instantáneamente, por primera vez en las tres horas transcurridas, piensa que tras el estampido de la Saint-Etienne no ha oído nada más. No ha oído rodar el pedregullo[27] bajo un paso conocido. Su hijo no ha vuelto, y la naturaleza se halla detenida a la vera[28] del bosque, esperándolo . . .

¡Oh! No son suficientes un carácter templado y una ciega confianza en la educación de un hijo para **ahuyentar**[29] el espectro de la fatalidad que un padre de vista enferma ve alzarse desde la línea del monte. Distracción, olvido, demora fortuita: ninguno de estos

[24] de sienes plateadas—con canas; con cabello gris o blanco.
[25] **meridiana**—clara; luminosa; del mediodía.
[26] a compás de—de acuerdo con.
[27] pedregullo—piedras pequeñas.
[28] vera—borde.
[29] **ahuyentar**—alejar; poner en fuga; hacer huir.

nimios motivos que pueden retardar la llegada de su hijo, hallan cabida[30] en aquel corazón.

Un tiro, un solo tiro ha sonado, y hace ya mucho. Tras él el padre no ha oído un ruido, no ha visto un pájaro, no ha cruzado el abra una sola persona a anunciarle que al cruzar un **alambrado**,[31] una gran **desgracia** . . . [32]

La cabeza al aire y sin machete, el padre va. Corta el abra de espartillo, entra en el monte, costea la línea de cactus sin hallar el menor **rastro**[33] de su hijo.

Pero la naturaleza prosigue detenida. Y cuando el padre ha recorrido las sendas de caza conocidas y ha explorado el bañado en vano, adquiere la seguridad de que cada paso que da en adelante lo lleva, fatal e inexorablemente, al cadáver de su hijo.

Ni un reproche que hacerse, el lamentable. Sólo la realidad fría, terrible y **consumada**:[34] ha muerto su hijo al cruzar un . . .

¡Pero dónde, en qué parte! ¡Hay tantos alambrados allí, y es tan tan sucio el monte! . . . ¡Oh, muy sucio! . . . Por poco que no se tenga cuidado al cruzar los hilos con la escopeta en la mano . . .

El padre **sofoca**[35] un grito. Ha visto levantarse en el aire . . . ¡Oh, no es su hijo, no! . . . Y vuelve a otro lado, y a otro y a otro . . .

Nada se ganaría con ver el color de su tez y la **angustia**[36] de sus ojos. Ese hombre aún no ha llamado a su hijo. Aunque su corazón **clama**[37] por él a gritos, su boca continúa muda. Sabe bien que el solo acto de

[30] hallan cabida—logran entrar.
[31] **alambrado**—barrera de alambre.
[32] **desgracia**—calamidad.
[33] **rastro**—indicio; señal.
[34] **consumada**—hecha.
[35] **sofoca**—reprime.
[36] **angustia**—sufrimiento emocional.
[37] **clama**—da voces.

pronunciar su nombre, de llamarlo en voz alta, será la confesión de su muerte . . .

—¡Chiquito! —se le escapa de pronto. Y si la voz de un hombre de carácter es capaz de llorar, tapémonos de misericordia los oídos ante la angustia que clama en aquella voz.

Nadie ni nada ha respondido. Por las picadas rojas de sol, envejecido en diez años, va el padre buscando a su hijo que acaba de morir.

—¡Hijito mío! . . . ¡Chiquito mío! . . . —clama en un diminutivo que se alza del fondo de sus entrañas.

Ya antes, en plena **dicha**[38] y paz, ese padre ha sufrido la alucinación de su hijo rodando con la frente abierta por una bala al cromo níquel. Ahora, en cada rincón **sombrío**[39] de bosque ve **centelleos**[40] de alambre; y al pie de un poste, con la escopeta descargada al lado, ve a su . . .

—¡Chiquito! . . . ¡Mi hijo! . . .

Las fuerzas que permiten entregar un pobre padre alucinado a la más atroz pesadilla tienen también un límite. Y el nuestro siente que las suyas se le escapan, cuando ve bruscamente desembocar de un pique[41] lateral a su hijo.

A un chico de trece años bástale ver desde cincuenta metros la expresión de su padre sin machete dentro del monte, para apresurar el paso con los ojos húmedos.

—Chiquito . . . —murmura el hombre. Y, exhausto, se deja caer sentado en la arena albeante,[42] rodeando con los brazos las piernas de su hijo.

---

[38] **dicha**—felicidad.
[39] **sombrío**—oscuro.
[40] **centelleos**—reflejos brillantes.
[41] pique—picada; senda pequeña.
[42] albeante—blanco.

La criatura, así **ceñida**,[43] queda de pie; y como comprende el dolor de su padre, le acaricia despacio la cabeza:

—Pobre papá . . .

En fin, el tiempo ha pasado. Ya van a ser las tres. Juntos, ahora, padre e hijo **emprenden**[44] el regreso a la casa.

—¿Cómo no te fijaste en el sol para saber la hora? . . . —murmura aún el primero.

—Me fijé, papá . . . Pero cuando iba a volver vi las garzas de Juan y las seguí . . .

—¡Lo que me has hecho pasar, chiquito! . . .

—Piapiá . . .[45] —murmura también el chico.

Después de un largo silencio:

—Y las garzas, ¿las mataste? —pregunta el padre.

—No . . .

Nimio detalle, después de todo. Bajo el cielo y el aire **candentes**,[46] **a la descubierta**[47] por el abra de espartillo, el hombre vuelve a casa con su hijo, sobre cuyos hombros, casi del alto de los suyos, lleva pasado su feliz brazo de padre. Regresa **empapado**[48] de sudor, y aunque quebrantado[49] de cuerpo y alma, sonríe de felicidad . . .

Sonríe de alucinada felicidad . . . Pues ese padre va solo. A nadie ha encontrado, y su brazo se apoya en el vacío. Porque tras él, al pie de un poste y con las piernas en alto, enredadas en el alambre de púa, su hijo bien amado yace al sol, muerto desde las diez de la mañana.

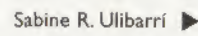
---

[43] **ceñida**—abrazada.
[44] **emprenden**—empiezan.
[45] piapiá—forma familiar y cariñosa de *papá* o de *papi*.
[46] **candente(s)**—muy caluroso; de gran calor.
[47] **a la descubierta**—sin sombra; al sol.
[48] **empapado**—completamente mojado.
[49] quebrantado—afligido; descorazonado.

PREGUNTAS

1. El bosque tropical es omnipresente en los cuentos de Horacio Quiroga. Comenta la relación que llevan entre sí la vida de padre e hijo y el medio ambiente que los rodea.
2. El narrador nos informa que el padre sufre desde hace un tiempo de alucinaciones. Las alucinaciones de antes eran pesadillas que tuvieron que ver con los peligros que corre la vida del hijo en este medio ambiente. ¿Cómo se diferencia de éstas la alucinación final del padre, cuando lo vemos sonriendo "de alucinada felicidad"?
3. ¿Qué efecto narrativo crees que surte el hecho de que Quiroga relata esta historia en tiempo presente?




Sabine R. Ulibarrí ▶

Mi caballo mago

SABINE R. ULIBARRÍ

El cuentista nuevomexicano Sabine Ulibarrí (1919–) lleva toda una vida contando, con voz de diáfana inocencia, su caudal de cuentos sobre la tierra de su niñez. Tierra Amarilla era un sitio mágico de serranías y de llanuras, de ganados y de gentes, cuya vida consistía tanto en arduos trabajos como en hondas satisfacciones. El español, idioma en que escribe Ulibarrí, formaba parte fundamental de la vida de todos en Tierra Amarilla, ya fueran hispanos, gringos o gente indígena de la tribu Pueblo. El lector se embelesa con los recuerdos del autor, al acompañarlo a aquel lugar aislado entre montañas, en el norte del estado de Nuevo México, donde "todo era paz y armonía".

"Mi caballo Mago" (1964), de carácter costumbrista y sabor mitológico o legendario, conserva los recuerdos que guarda el autor de un estilo de vida singular para Norteamérica en el siglo XX. Su estilo alegra el espíritu y cautiva los sentidos. La totalidad de su obra capta, con compasión, con autenticidad y con un profundo sentido poético, las pasiones y los gozos de la vida humana.